



Mientras tanto, en Pluviosilla, en la ciudad de las fértiles montañas y de las aguas parleras, Conchita Mijares recibía gratisima sorpresa.

La monologuista estaba en la ventana, esperando á Oscar, á su Oscar amadísimo, cuando el brillante lagartijo acertó á pasar en busca de su amiguita.

—¿Quién será ése?—dijo Concha, al verle venir. ¿Quién será? Yo conozco á todos los jóvenes de Pluviosilla... ¡Ese no es de aquí! ¿Qué andará buscando?

No tardó en reconocerle.

—¡Juan!—gritóle.—¿Qué busca usted?

—¡A usted, Conchita!—respondió el mancebo, atravesando la calle y dirigiéndose á la reja.

¡Grata sorpresa para Conchita! La imagen del mancebo no se apartaba de la mente de la joven. Las Collantes eran el constante tema de su conversación, y Collantes por aquí, grandezas por allá, de los Collantes hablaba, y como no hay sermón sin San Agustín, no había charla ni plática de Concha, en que los Collantes no aparecieran. ¡Qué elegantes, qué finos, qué guapos! ¡Qué palacete aquel, qué trenes, qué salones, qué comedor, qué departamento aquel de los muchachos!

A Conchita se le pasaban las horas contando grandezas, lujos y refinamientos aristocráticos y parisienses. Ya tenía cansadas á sus amigas, y tanto que cierta noche, en casa de Arturo Sánchez, al acabar el ensayo, como se tratase de cierta escena que requería suma distinción de modales, Concha tomó la palabra, y, después de charlar á su sabor, puso como ejemplo de elegancia á los Collantes, y tanto dijo de ellos, y los encumbró por tal manera, que Oscar, que oyó todo, se mostró enojadísimo, no pudo disimular su contrariedad, y exclamó:

—Te han sorbido el seso los tales Collantes. ¡El caso que te harán!

Entonces Paquita Rodríguez, la actriz cómica de la compañía, que no miraba con malos ojos á Oscar, se atravesó, diciendo:

—Día llegará en que tú pongas blasones en tus cartas, como esos caballeres

tus amigos... Caballeros:—dijo en tono teatral—tengo el honor de presentaros á la futura Marquesa de Collantes!

Y agregó con trágico acento:

—¡Es... el destino manifiesto!

Picóse Conchita, y, roja como un ababol, disimulando su rabia, creyendo que un sentimiento de rivalidad había dictado tales palabras, respondió audazmente:

—¡Ojalá! Háganmelo bueno.

Rieron todos á más y mejor, y Oscar verdaderamente disgustado, tomó el portante. Desde ese día, á "sotto voce" todos le decían la Marquesa de Collantes.

La monologuista hizo entrar á Juan, llamó á su tía, y presentó al mancebo.

Mientras éste platicaba con la buena señora, una excelente mujer, tan conforme con su pobreza, como escasa de entendimiento, Conchita no apartaba sus ojos de los ojos del pisaverde. A poco se dió á comparar la modestia y sencillez de aquella casa tan humilde, con el palacete de don Juan.

¡Qué diferencia! ¡Qué diferencia! ¡Cómo se entristeció Conchita al contemplar su pobre sala! El suelo de ladrillo, muy limpio, es cierto, pero desolador y vulgar; la media docena de sillas de pino, barnizadas y enteras, pero delatorias de una gran pobreza; cuatro sillones de rejilla, con vellos tejidos de gancho y adornados con cintas de seda, en las cuales Concha puso

toda su coquetería; una consola vetusta, y en ella dos jarrones de cristal azul, llenos de flores, obsequio de Arturo, un día de la Purísima; un espejito biselado, á cuyos lados lucían sus grullas y sus crisantemos,—crisantemas decía la monologuista—sendos pares de abanicos japoneses de muy dudosa procedencia; bajo la consola un lebrél de barro, como en atisbo de un gazapo; en los muros, en distintos sitios, en ingenios de alambre, retratos de amigos y parientes. Allí estaba Arturo Sánchez en traje de carácter, muy orondo y legendario, con ropilla y calzas, en no sé qué drama de Peón y Contreras, “La Hija del Rey” ó “El Sacrificio de la Vida;” allí Paquita Rodríguez, envuelta en un mantón de Manila, prenda que para un sainete le prestó la gachupina de una especiería cercana; allí muchas amigas de Concha, en grupo desastrado y en traje de fantasía: una de Noche; otra de Día; una de gitana; otra de manola. En otro ingenio estaban las Collantes con sus hermanos Pablo y Ramoncito; en otro la viuda de un Magistrado del Tribunal Superior de Justicia, fallecido en sazón á los setenta: una joven de linda cara, de ojos soberbios, de cejas arqueadas é intensamente oscuras; y allí en un marco de terciopelo, hecho por Conchita, una fotografía de Nadar: Juan, en traje de caza. En el centro de la estancia, una mesa cir-

cular, llena de monitos de porcelana y de figuritas de barro, producto de la industria de Puebla; y en medio un quinqué con una gran pantalla de papel encarrujado. A la derecha, en las sillas próximas á la ventana, un par de bastidores que delataban el trabajo largo y penoso de la bordadora. Las vigas pintadas de gris, las paredes desconchadas. En la ventana, en el desportillado pretil, dos lindos caracoles, y un silloncito, trono vespertino y nocturno de la ventanera Conchita.

Tritísima sala. ¡Cuán diferente de aquella casa, de aquel palacio de los Collantes!

Tomó la palabra Conchita, y lista, vivaracha, zalamera como nunca, charló con su gracia de siempre, pensando en que Juan sólo por verla había venido.

—¡No merece usted—repetía—que le reciba bien! Ni adiós me dijo. Por charlar con Elena no me vió usted, y en vano le esperé en la Estación, donde según me dijeron debía usted estar para despedirse de mí. ¿Cuánto tiempo va usted á permanecer entre nosotros?

—Probablemente un mes; á menos que, como me lo temo, un día ú otro tenga que salir para Veracruz. He venido á mudar de aires, antes de partir para Europa.

—¿Se vuelve usted á París?

—Voy á negocios de mi padre... Pero de seguro que tardaré mucho en regresar.

—¡Vaya! ¡Vaya con el francés!—se atrevió á decir la tía de Conchita.—¿No le gusta á usted su patria?

—Sí, señorita; pero... usted comprenderá... que entre México y París... hay gran diferencia! Vine lleno de entusiasmo, con el mayor gusto, pero una vez aquí...

—Y yo que me prometía que aquí, en Pluviosilla ó en Méjico, doblara usted la cerviz, la cerviz rebelde, al florido yugo...

—Es difícil, Conchita... aún no es tiempo.

—Ahora... Como estará usted aquí un mes... —se apresuró á decir Conchita— podrá usted conocer esta tierra... Me ofrezco á distraerle á usted, porque aquí va usted á morir de tedio, me ofrezco á distraerle... Convidaré á algunas amigas, y saldremos de paseo. ¡Aquí... el campo! Es lo único que merece ser visto... y menos de quien viene de Méjico, y mucho menos de quien viene de París... De alguna manera he de corresponder á las atenciones de usted, y de su papá, y de todos!

Aceptó Juan. Al día siguiente, estuvieron de paseo. Conchita invitó á varias amigas: á las Sánchez, á Paquita Rodríguez y á las de Castro Pérez. Fueron á visitar una hacienda, y á la cascada de Agua Azul, uno de los sitios más bellos del valle de Pluviosilla, en las fértiles orillas del Albano.



LXXI

Los carruajes de punto, pedidos por Juan, esperaban á la puerta del Hotel.

El joven, frente al espejo, daba el último toque artístico á su elegante y distinguida persona. Arreglóse por la décima vez la corbata; se atusó el perfumado bigotillo; tomó los guantes y el bastón, y salió precipitadamente, maldiciendo del ruido del cercano río que, después de mover la turbina de un molino inmediato, se precipita en su propio lecho con estruendo de cascada.

Atravesó el comedor, donde unos excursionistas yankees, jamoneros de Chicago, ó especieros de San Luis, prolongaban, charlando perezosos, una fastidiosa sobremesa, y, después de repetir órdenes al administrador, un francés amojamado,

de patillas ralas, de perfil judaico, suelto de lengua y con aspecto de maestro de coros, se dirigió á la escalera...

Al llegar al descanso le detuvo un criado. La caja con los emparedados, los pasteles y el vino de Champagne quedaba en un pescante. Los cocheros estaban aguardando.

—Vamos...—murmuró Juan. En ese momento vino un camarero á darle alcance para entregarle una carta.

—Acaban de traerla...

¿De quién sería aquella carta? La letra del sobrescrito era desconocida... El joven no pensó que fuese de Elena.

—La leeré esta noche,—dijose resueltamente, y se la guardó en el bolsillo. Minutos después llegaba á la casa de Conchita Mijares. En espera de Juan estaban allí las Castro-Pérez, Paquita Rodríguez, Arturo Sánchez, las hermanas de éste, y un mozueto barbilindo, empleado, á la sazón en la Tesorería Municipal, y parte integrante de la susodicha compañía dramática; consuetud de ordinario y á las veces actor muy aplaudido. ¡Aun hacen memoria los del grupo, de aquel negro de "Flor de un Día," papel en que el muchacho se conquistó grandes aplausos, fama perdurable en el mundo casero de las aficiones artísticas!

Juan dió golpe entre aquellas buenas gentes, así por la corrección como por

la elegancia. Y, á decir verdad, estaba guapo el lagartijo: pantalón y americana de franela inglesa, de color alegre y apacible; cinturón de cuero amarillo obscuro; camisa mahón, con cuello y puños níveos; corbata ligera, larga, suelta, flotante, de suavísimo tinte plomizo; borceguíes de piel de Rusia aceitunados; sombrerillo marineresco, y guantes suecos: traje de exquisito gusto, muy en armonía con la palidez y la demacración del mozo, deladoras de su vida éstragada.

Los contornos de Pluviosilla son encantadores. Por los cuatro vientos tiene sitios admirables; pero ningunos como aquellos que están al sud, en las márgenes del Pedregoso, del Albano y del Azul!

Por esa región la vega se extiende en amplísima curva, limitada por los cerros de Xochiapán, que no son más que estribaciones y contrafuertes de la Sierra; montes cubiertos de verdor perenne, sobre los cuales se superponen montañas y cumbres. El Albano, turbido, rugiente, torrencial, divide esa parte de la vega, corriendo en profundo lecho pedregoso, cavado por las aguas de cien valles durante muchos siglos. Las riberas son tupido bosque: álamos de follaje inestable, argenteo y ligerísimo; ceibas de retorcido tronco, de ramas frondosas, de hojas aviteladas y de frutos carminados; senecios de áureas flores; fresnos bravíos, de bri-

llante copa; ahuehuetes altísimos, en cuyos brazos de gigante cuelgan las tilancias cabelleras y flecos grises; heliconias sonantes, gala y primor de las umbrías; convólvulos muelles que constelan los cantiles con estrellas blancas, violadas y rojas; trepadoras fortísimas que tienden en los álaves columpios enflorados; alfombras de musgo, donde ostenta el verde sus múltiples tonos, desde el tierno de la naciente caña sacarina, hasta el obscuro y casi negro de los vetustos encinares de las cimas. Y en aquellas espesuras, en aquellos bordes siempre húmedos y frescos, en aquellos árboles y en aquellas peñas, qué de flores, qué de frutos extraños, qué de orquídeas de inebriante aroma jaquecoso!

¡Y desde aquellos lugares, qué magnífico panorama! Pintorescos plantíos, pingües cafetales, blancas dehesas, vallados vivos que simulan lindes de selva, y luego, más allá, más allá, Pluviosilla, la devota y túrrida Pluviosilla, hija de las flores y de las aguas límpidas, buscada por las nieblas y amada de los céfiros, albeando al sol naciente, de gualda al sol occidente, en la noche refulgente y magnífica. muchacho se concho más allá, fondo del fama perdurable estable, inmenso anfiteatro las aficiones artísticas, de montes, y sobre Juan dió golpes nautas y rey de las algentes, así por la nivea del Citlaltépetl, se-

mivelado por un girón de nuves alargado por los vientos vespertinos.

Declinaba el sol en un cielo despejado, y al caer derramaba en el valle finísimo polvo de oro...

Por las calles fangosas y desempedradas, iban los coches lentamente, muy lentamente, como si los guiase un cochero taimado y medrador.

Alegría cordial reinaba entre los paseantes. Se charlaba en cada grupo á más y mejor, y todo respiraba dicha y juvenil regocijo. Arturo departía con Paquita Rodríguez, y, admirado del espectáculo que el valle le ofrecía, sintióse poseído de la Musa, y se dió á improvisar sonoras espinelas, al modo de Peza, para las cuales se creía el poetilla hábil y heroico forjador. El escribiente barbilindo cortejaba á las Castro Pérez, quienes, como de costumbre, murmuraban y hacían trizas y rajadas de Concha, por venir ésta con Juanito Collantes, sin otra compañía que un chiquitín, hermano de la Paca.

Al dejar el carruaje, al fin del lano y en la linde del cafetal, para bajar hasta la ribera del Albano, nuestro lagartijo ofreció el brazo á su amiguita, la cual iba de lo más sencilla y elegante, con su vestidillo de percal y su gracioso sombrero coronado de flores montañesas.

Bajaban penosamente la tortuosa y quebrada vereda, sembrada de hojas muer-

tas, tributo postrero del Invierno, cuidadosos de caer por cualquier de ambas orillas, entre las espinas amenazantes y los cardos ariscos, cuyas flores de jale y de púrpura, semejaban dardos sangüinosos clavados entre los ramajes.

¡Qué solemne el rumor del turbio Albano! ¡Qué majestuosa la voz del Azul, al precipitarse entre las rocas, bajo el toldo tremulante de los álamos, á través de los carrizales tupidos y lánguidos, sobre un manto de helechos, de begonias desconocidas y de inextricables trepadoras!

Despéñase el Azul en el Albano, desde pocos metros de altura, pero cae borbollante, encrespado, como rebelde á la pendiente que le arrastra, y al desbordarse se divide en seis chorros que se envuelven en bruma, que se deshacen en lluvia menudísima, en vagarosa y tenue niebla, que la luz del sol poniente, al pasar entre las frondas, esmalta con arabescos de iris...

En la opuesta margen, frente al soberbio y espumante salto, un álamo potente, de copa magnífica, ornado de líquenes, helechos y licopodios, protege á los visitantes contra la lluvia, y en su tronco pulido, terso y blanco, guarda infiel y olvidadizo, cifras y fechas, nombres amados y amorosas memorias.

—¡Que abran la caja!—dijo á los mozos Juanito.

Apresuróse á obedecerle el criado pari-

siense, y mientras todos admiraban el sitio, quedó lista la improvisada mesa, decorada con flores cogidas en el tránsito. El vino de Champagne se enfriaba en la cuba, y el "garçon" disponía en platillos elegantes pastas, emparedados y dulces...

En tanto que los demás recorrían la ribera en busca de flores, la pareja se le tuvo al pie del árbol. Conchita quería grabar sus iniciales en aquel álbum rústico; pero Juan la hizo desistir de la empresa, diciéndole que oportunamente lo haría su criado...

—¿Por qué nó?—suplicaba el joven con poderosa sugestiva insistencia.

Conchita paseaba su picaresca mirada de diablillo alegre á lo largo del río, y deshojaba, maquinal y nerviosamente, un ramo de campánulas silvestres que Juan le había ofrecido.

—¿Por qué nó?—repetía el mancebo, con acento quejoso.

—No.

—¿Por qué?

—Porque nó.

Entonces Juan se inclinó detrás de la monologuista, y suavemente, muy suavemente, acercó sus labios al cuello de la señorita, hasta tocarle los rizillos de la nuca. Se estremeció Conchita en un espasmo, como si un bicho le anduviera en el cabello. Dióse cuenta del atrevimiento de Juan, y roja como una amapola vernal,

se apartó de su caballero. Este dejó escapar cínica sonrisa, y, medio mohino y medio contrariado, dió unos cuantos pasos hacia atrás.

—¡Paca!—gritó Conchita.—¡Ven acá!
No la oían.

—¡Paca! ¡Paquita Rodríguez! ¡Ven, que te llamo!—seguía clamando Conchita, sin conseguir que la oyesen, pues el sordo rumor del río y el estruendo del salto ahogaban su vibrante y limpia voz.

—Conchita...—volvió á decir Juan.—¿Por qué no da usted oído á mis palabras?

—¿Quién cree en las promesas de los hombres? ¿Sabe usted las quintillas de Plácido... las de "La flor del café?"

—No...

—Pues oído atento...

Y Concha, en tono escénico se soltó diciendo, esforzando la voz para ser escuchada:

"De un poeta...

Usted no es poeta, pero... ¡vaya!

"De un poeta el juramento

"En mi vida creeré,

"Porque se va con el viento

"Como la flor del café..."

—¡Ah!—exclamó Arturo que escuchó, al acercarse, los versos del poeta cubano. Y siguió diciendo con maléfica (ó benéfica) intención:

"Yo repuse: tanta queja
"Suspende, Flora, porque
"También la mujer se deja
"Picar de cualquier abeja,
"Como la flor del café!"

Una señal de Juan dirigida al "garçon," puso término á la plática, y al burgués "oaristys." Sonó un taponazo, y pronto se congregaron todos en torno de la mesa. Juan hacía los honores discretamente, dirigiendo á todos sus invitados, mejor dicho, á los invitados de Conchita, frases galantes y afectuosas que dejaron encantadas á las Castro Pérez y á Paquita, y muy satisfechos al barbilindo y al poeta.

Se bebió á la salud de Juan y por su "próspero y bonancible viaje á través de las olas y los vientos." Así dijo Arturito en una elocuente reminiscencia clásica.

Atardecía. Era hora de regresar. Cuando llegaron á la dehesa, donde esperaban los carruajes, el sol se había puesto, y sobre los montes orientales persistía leve y plácida claridad, bien pronto disipada por la noche.

Ni una nube en el cielo. El volcán dejaba perceptible su nivea mole, y Sirio y Canopo, y Proción y Aldebarán, centelleaban espléndidos. Fresco vientecillo susurraba en las arboledas, y el Albano dejaba oír más intenso y solemne el rumor de sus linfas torrenciales.

Al entrar en las calles de Pluviosilla nuestros paseantes pudieron admirar el orto de Selene. El satélite surgía rojizo por sobre las montañas de Mata-Espesa y de Villaverde.

Juan y Conchita venían en el último coche. El chiquitín languidecía cansado.

—¿Por fin, Conchita,—decía insistente el terco lechuguino,—¿corresponde usted á mi cariño?

—Es de pensarse...—respondió la monologuista, retirando su mano, de la cual iba Juan á apoderarse.



LXXII

Para hablar con el Dr. Fernández, doña Dolores acudió á buscarlo á la Catedral. Allí le halló. El canónigo estaba en el púlpito engolfado en un sermón pomposo. Hablaba de la eficacia de la Caridad, y demostraba con frases enérgicas y sugestivas cómo una buena palabra, un consuelo, y hasta una mirada compasiva bastan para que seá nos abran las puertas de los cielos.

Doña Dolores se resignó á esperar, y se puso á rezar sus devociones (que no eran pocas); Margot rezó las suyas (que no eran muchas), y luego, mientras la dama desgranaba su rosario, la joven se entregó á la admiración que causa en cuantos la visitan aquella majestuosa basílica, por

gracia y obra de S. M. el Rey D. Felipe II (Q. E. G. E.) la primera del mundo hispano-americano. Lamentaba la blonda señorita el desaseo de la Catedral, muy necesitada de cuidado y aliño, tales como aquellos que tenían para su iglesia los diligentes capellanes de Santa María, el aristocrático templo de Pluviosilla; lamentaba el desaseo, pero se extasiaba contemplando las vastas proporciones del grandioso edificio. Concluida la misa, iban y venían las gentes á lo largo de las naves; cesantes, viajeros, ociosos, buenas personas que antes de emprender la diaria faena habían venido á implorar el auxilio divino. Ante la capilla de la Virgen Dolorosa oraban mujeres y hombres en cuyo semblante se retrataban la aflicción y la angustia de una pena latente y aguda; media docena de beatas y unos cuantos caballeros piadosos, de rodillas á cada lado de la crujía, rezaban inmóviles.

Mientras, en el artístico y sombrío coro, á la sombra de los altos órganos churriguerescos, en la primorosa y tallada sillería de cedro americano, protegidos por una Virgen de Murillo el Divino, cantores y canónigos salmodiaban sexta, y los niños de coro, pilletines de carita rosada y copete grifo, dejaban oír su voz atiplada y nasal.

Cuando la salmodia se tornaba en rezo, percibía la joven los mil ruidos y las mil

voces de las calles y de la plaza próximas: vocear de fruteros que pregonaban sus mercancías; rodar de carruajes; silbar de aurigas, pitazos de tranvía, clamoreo de granujas que ofrecían cuarenta pliegos de papel inglés por diez centavos; redoble de tambores y clarines en marcha; la campanilla de un sacristán que anunciaba en la puerta mayor la misa de diez y media, en el trascoro, ante la Virgen del Juicio, en el altar del Perdón.

En lo alto de las naves y en la cúpula, velando las pinturas, flotaban nubes de incienso, bregando por escapar y en luchas aparente con las ráfagas solares, que, al penetrar en el sombrío recinto, hacían ver el polvo que flotaba en el ambiente.

Margot, la ensoñadora Margot, dió suelta á su fantasía, complaciéndose en resaturar la basílica, y en decorar ésta, no con el gusto en privanza, sino con aquello que le parecía más adecuado, con los prestigios y maravillas de un arte vetusto; de aquel arte plateresco que fué á su tiempo en arquitectura y en indumentaria, lo que á la poesía fueron el culteranismo y los alambicamientos de Góngora.

Pero no quería la joven para la Metropolitana el plateresco extremo, profuso hasta parecer maniroto, por la prodigalidad de adornos y de intrincadas caprichosas floraciones; no, le quería som-

su variedad interminable, con su simbolismo diáfano, con su aparentemente rota simetría; no un arte enfermizo, delirante y decadente, que vive de lo abstracto y apela á lo extrabótico para realizar belleza; sino ese otro plateresco, que fué como meta en el término de larguísimo estadió, columna militar que marcó el fin de una edad gloriosa; arte que sintetizó, por modo admirable, á la España aventurera y piadosa, galante y atrevida; arte expresivo de cultura suprema, que estalló en opulencias desbordantes, en rica conceptuosa poesía, al tocar la cumbre, antes de precipitarse, decadente y fatigado, por la vertiente opuesta, para dar con sus esplendores mágicos en las glebas áridas del prosaísmo.

¡Sabe Dios en qué libro había aprendido la joven tales cosas! Ello es que para Margarita, el arte plateresco habría sido en la Catedral Metropolitana gráfico poderoso símbolo de la vida religiosa de México, durante la época colonial. Y se decía, discurriendo en aquellos caminos por donde la llevaba en vilo "la loca de la casa:" en cada época de alteza ó de rebajamiento moral, el arte refleja el estado de los espíritus, y las artes todas toman carácter idéntico.

A los extravíos del culteranismo, el estilo plateresco; á los prosaísmos siguientes, la frialdad de esas iglesias con traza

y ornamentación de cuarteles; á la poesía en uso, toda epilepsia y exotismo, el revoltillo de nuestros salones, donde se agrupan y amontonan las cosas más disímolas, procedentes de cien puntos diversos de la tierra, sin carácter el conjunto, sin unidad el todo...

Había terminado el oficio matinal, y los canónigos, seguidos de salmistas y monacillos, salían del coro con dirección á la sacristía.

Doña Dolores y su hija, que estaban arrodilladas cerca de la tumba del Libertador, se levantaron, apartando á unas mujeres del pueblo, que á la sazón pasaban, y al atravesar la nave central, frente al altar de los Reyes, díjose Margot, viendo el estupendo retablo:

—¡Así! ¡Una cosa como ésta, sin postizos ni aledaños mal traídos!

Entráronse en la sacristía, y detenidas ante la puerta del chocolatero, suplicaron á un coloradito que llamara al Dr. Fernández. Pronto vino éste.

—Ya te esperaba, Lola.—Dijo el Canónigo.

Y tendió á la señora mano cariñosa, y acarició paternalmente á Margarita.

—Ya te esperaba yo, hija mía;—siguió diciendo el Dr. Fernández—sé de qué se trata... Sé á lo que vienes. Estoy enterado de lo que hablaste ayer con tu cuñado... Cené allá, y me lo dijo todo. Se muestra contrariado y quejoso,

—¿Quejoso? ¿De qué?

—He procurado con el mayor empeño, hija mía,—puedes creerlo,—convencer á Juan, mejor dicho, decidirle á proceder de otra manera. Pero ¡imposible, Lola! ¡imposible! ¡Qué quieres! Los hombres de negocios, los del tanto por ciento, son así: muy capaces de tirar una fortuna, pero tenaces y crueles para cobrar un centavo... ¡así son! ¡así!

—Pero... señor...—dijo en tono afligido la señora... ¡Eso no es justo!...

—Justo, sí, Lola. Dí que no es caritativo...

—Falta saber si esa deuda...

—Esa deuda no ha sido saldada; lo sé muy bien, y no por Juan, sino por tu esposo; por Ramón, que mil y mil veces me habló de ella. Lamentaba día y noche no haber liquidado con su hermano...

—Si así es... pagaremos.

—Vosotros, hija mía, debéis pagar... Juan debiera ser generoso, más generoso con los suyos...

—Lo ha sido,—interrumpió Margarita.

—Sí...—respondió el Canónigo, dejando ver en sus labios una sonrisa de dolor, que contrajo levemente su rostro rozagante y gordinflón,—sí—repitió—pero ha debido serlo de mejor manera.

—¡A qué brindarnos favor y auxilio! ¡A qué traernos! Señor: el carácter de Juan, bien me lo decía mi esposo, es muy desigual.

—Algo hay de ello, Lola.

—¿Qué me aconseja usted?

—Nada, hija mía... como no sea que tengas mucha prudencia, mucha! Comprendo tu pena, comprendo tu contrariedad... pero... ¡mucha prudencia! ¡Mucha, hijitas!

—¡Y yo que me prometía regresar á Pluviosilla, para vivir allí tranquilamente!

—¡Espera!...

—¿Para qué?

—Pablo se abrirá paso aquí...

¡Quiéralo Dios!

—Lo querrá, ¡que no todo ha de ser pena en esta vida!

—Me ocurre una cosa...

—¿Cuál es ella?

—Que usted... usted que tiene tanto ascendiente sobre mi cuñado, le hable, y le diga, (de modo que no comprenda que lo hace usted por indicación mía). le diga: ¡que sea generoso con nosotros! Yo no tengo codicias ni ambiciones,—decía llorando la señora,—pero ¡hemos sufrido tanto; hemos pasado tan amargos días; hemos padecido pobrezas tales, que deseo calma, sosiego, descanso, tranquilidad...

—Lo haré con gusto, Lola, con mucho gusto, con la diligencia de que dí muestras hace seis meses, en Pluviosilla, para poner paz entre Juan y vosotros.

—¡Gracias, señor, mil gracias! ¡Dios le pagará á usted esa buena obra!

—Hablaré con Juan, y luego iré á verte.
Tengo apuntada tu dirección.

—¡Adiós, señor...—dijo Margarita.

—¡Adiós!

—¡El os acompañe, hijas mías!



LXXIII

Juan no volvió á acordarse de la carta que tenía en el bolsillo. Al regresar del paseo, metióse en "El Cometa de Plata—una de las cantinas próximas al Hotel—y se bebió dos vasos de ajeno. Comió precipitadamente, mas no sin buen apetito, y después de apurar á tragos gruesos unos cuantos sorbos de café, pidió un abrigo ligero, y salió en busca de Conchita Mijares, á quien debía encontrar con algunas amigas en el Jardín de la Plaza, donde suelen congregarse, en las noches calurosas, las pollas más bonitas de Pluviosilla. De allí, después de dar unas vueltas, no bien sonara el toque de queda, se irían á la casa de Arturo Sánchez, quien, muy modestamente, y pi-